¿INFIEL?



¿INFIEL?

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

ROBERTO BRACCIO

TRADUCIDA Y ARREGLADA POR

D. EUGENIO SELLÉS y D. ENRIQUE TEDESCHI

Estrenada en el Teatro de la Princesa, de Madrid, el 17 de Diciembre de 1897.



BARCELONA

BIBLIOTECA DE «EL TEATRO ESPAÑOL»

Cervelló, 12, 1.º, 2.ª

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
Maria, Condesa de Sanjorge.	*Sra.*	*Tubau.*
Doncella.	*Srta.*	*Catalá.*
Enrique, Conde de Sanjorge.	*Sr.*	*Morano.*
Ricardo de Sandoval. . . .	»	*García Ortega.*
Lorenzo.	»	*Sánchez Bort.*
Un criado.	»	*Santiago.*

Época actual



ACTO PRIMERO

Sala elegante, iluminada: una puerta en el fondo y dos laterales. En medio de la habitación y entre otros muebles lindos y coquetones, una doble butaca, *dos á dos*. Sobre una silla y en un velador, el abrigo, muy lujoso de la Condesa, y el gabán de pieles, el sombrero, los gemelos, los guantes y el bastón del Conde.

ESCENA PRIMERA

MARÍA y ENRIQUE

MAR. (*Delante de un espejo; después de haberse mirado durante un rato.*) ¿Qué te parece? ¿Te gusta?

ENR. (*Sentado y fumando.*) ¿Qué? ¿El «Lohengrín?»

MAR. No; mi *toilette.*

ENR. Creí que hablabas todavía del «Lohengrín». Sí, me gusta... mas ya sabes que yo entiendo muy poco de modas.

MAR. Cuando me hagan el retrato de cuerpo entero, llevaré puesto precisamente este trage. Es muy artístico; lo aprobará el gran pintor.

ENR. El gran pintor tiene mucha experiencia... seguirás sus indicaciones.

MAR. ¿No te parece algo exajerado este escote?

ENR. Vuélvete: déjame ver. (*María se vuelve. El disimula el enojo que le causa el excesivo escote.*) No; no me parece exajerado.

MAR. Mírame á los ojos.

ENR. Te miro.

MAR. (*Riéndose.*) ¡Ja, ja, ja!

ENR. ¿Qué hay?

MAR. Tus ojos no opinan lo mismo que tu boca. ¿Sabes que me dicen?

ENR. Oigamos.

MAR. Dicen... dicen... «¡qué indecencia!»

ENR. ¡Eh! no te culpo por ello. La decencia no es más que una diplomacia de las mujeres; porque todo lo que ellas ocultan aumenta en valor. La decencia pues, no está permitida más que á las muchachas... para encontrar marido!

MAR. Pues yo me limito á obedecer la moda.

ENR. Pero la moda para las mujeres la hacen las mujeres.

MAR. ¡Y también los hombres!

ENR. A lo más los hombres hacen la moda... para las mujeres ajenas.

MAR. ¿Ves? ¿ves como no estás satisfecho?

ENR. Por Dios, María; si me punzas me obligarás á decir lo que no quiero decir.

MAR. (*Reprochándole con cariño*). ¿Y crees que me basta con que no digas ciertas cosas? Te equivocas; deseo que ni las digas, ni las pienses. (*Se echa sobre un diván.*)

ENR. ¡Estás siempre sutilizando, y sutilizando demasiado!

MAR. ¡Pobrecito! ¡pobrecito! ¿Qué exigen de

él? ¿Qué pretenden? (*Pausa.*) Aquí..... cerca de mí... cerca de esta pérfida esposa... (*Enrique se sienta cerca de ella.*) ¿Ha pasado ya? (*Acariciándole la barba.*)

ENR. Quieta...

MAR. ¿Ha pasado?

ENR. (*Sonriendo.*) El mal humor pasa... pero el escote... queda.

MAR. Vamos, cierra un poquito los ojos.

ENR. Preferiría que los cerrasen los demás... Pero por desdicha... (*Se levanta y suspira.*) Di: ¿no es hora de salir?

MAR. Sí; vete.

ENR. ¿Y tú?

MAR. Espero á Ricardo. Le he rogado que me acompañe.

ENR. (*Con indiferencia simulada.*) De manera... que yo puedo irme?

MAR. Si.

ENR. (*Muy lentamente toma el sombrero, el gaban, los guantes, los gemelos y el bastón. Luego, de repente vuelve á ponerlo todo sobre un mueble; despues toma el gaban y se lo pone muy despacio; luego recoje el bastón, guantes, gemelos y sombrero.*) ¡Con que me voy! (*Deteniéndose.*) Buenas noches, ¿eh?

MAR. (*Cuando él ha llegado á la puerta del fondo.*) Enrique!...

ENR. María.... (*Vuelve.*)

MAR. ¿Qué hay?

ENR. ¿No me has llamado?

MAR. No: he dicho, «¡Enrique!» asi, por cariño; pero no te había llamado, no.

ENR. Me había parecido...

MAR. No; vete, vete.

ENR. (*Llega hasta la puerta.*) ¿Y si Ricardo no viniese?

MAR. Vendrá, vendrá... no lo dudes, vendrá.

ENR. Pero no sería mejor que esperara yo tambien?

MAR. ¿Y para qué?

ENR. Si por casualidad él no viniese, te acompañaría yo.

MAR. Te aseguro que vendrá.

ENR. Entonces podríamos ir todos juntos.

MAR. (*Con decisión.*) ¡Ah, eso sí que no!

ENR. No te enfades: al fin y al cabo no te he dicho nada de particular.

MAR. ¡Enrique, Enrique! ¿Qué tienes esta noche? ¿Qué significa esta recrudescencia?

ENR. ¿Recrudescencia de qué?

MAR. ¿De qué? ¿Lo quieres saber de veras? Recrudescencia de celos.

ENR. ¡Yo celoso!

MAR. Tú celoso, sí, ¡tú! ¡tú! y eso no está bien. De vez en cuando, mi querido Enrique, te olvidas de nuestro pacto.

ENR. Al contrario, no lo olvido, lo cumplo lealmente.

MAR. No lo cumples.

ENR. (*Con el pretexto de la discusión vuelve otra vez, mostrando contento por quedarse.*) Pues yo te repito que cumplo lo pactado. Sí, señor. ¿Donde están, donde están, veamos mis terribles celos de que hablas? Tú vas, vuelves, haces lo que más te agrada... no estoy nunca cerca de tí. Tus salones están siempre llenos de muchachos. Te los llevas contigo al teatro, á los paseos, en coche; á todas horas están junto á tí, con sus grandes alcachofas en el ojal y con sus aires de conquistadores

agotados... ¡Te escriben cartas, tú les escribes á ellos, y no comprendo que tengais que escribiros después de haberos visto cuatro veces al día! Te rodean, te secuestran, te comen con los ojos, te llaman familiarmente María, Mariquita, así... como llamarían á una de esas mujercitas á las que... cuando no pueden tratar de otro modo, se conforman con tratar de tú... ¿Y yo? Yo tan callado; dejo hacer, dejo decir, sin una queja ni una observación; y con la paciencia de un santo, aguardo á que ellos estén hartos, para acordarme de que soy tu marido. ¿No era éste acaso el programa de nuestra vida propuesto?... es decir: impuesto por tí. ¿Y no me he conformado con él?

MAR. A la fuerza.

ENR. A la fuerza no; por mi libre voluntad, puesto que concertamos y juramos ese tratado de paz futura antes de casarme; y lo acepté, no solo con placer, sino hasta con entusiasmo, porque precisamente lo que más me enamoró de tí, fué tu carácter singular, resuelto, estrambótico. Profesas odio instintivo á un enemigo á quien yo tampoco puedo ver; lo vulgar.

MAR. Lo aborrezco de muerte; conque guárdate de caer en lo vulgar.

ENR. Y tienes un amor que te seduce y arrastra; lo extraordinario. Por vulgar odias la vida casera, metódica de la mujer que es la ayuda de cámara de su marido y el ama de llaves de su casa; te acepté como eres y te dejo vivir en continua exhibición y fiesta. No puedes quejarte.

MAR. Ni tú de mí; y ahí entra justamente mi amor á lo extraordinario. Porque con esta vida resuelta y alocada, lo extraordinario, casi lo escepcional es amar al marido como yo, y mantener en pié firme la fidelidad conyugal en ese vértigo en que muchas caen y la que menos, vacila y se tambalea.

ENR. Lo reconozco. Y por eso mismo quisiera confiarte un... ¿cómo lo llamaré?... un... escozor que sufro secretamente. La asiduidad de Ricardo me mortifica.

MAR. Un fátuo como los demás que me rodean.

ENR. Pero menos imbécil que los otros. Antes bien, es simpático, culto, pulido con cierto barniz de arte y literatura; no se resigna á que se burlen de él, ni á perder el tiempo y la fama de conquistador que le dán.

MAR. O se dá él.

ENR. Por eso Ricardo es un peligro hasta para una mujer honrada.

MAR. ¿Y para mí también?

ENR. Naturalmente. Un hombre no es peligroso si no lo es para toda clase de mujeres.

MAR. ¿Y una mujer no es honrada sino lo es para toda clase de hombres? (*Pausa*). En fin, ¿para qué discutir? *(Revela emoción.)* Aunque me importa mucho ser mujer honrada, todavía ignoro si lo soy de veras. Me casé contigo solamente porque te amaba y por eso mismo soy fiel. Si esto se llama honradez, yo soy honrada. (*Siempre agria y nerviosa.*) Y tú lo sabes, como sabes cuanto te quiero. El día en que no lo comprendieras, no te querría ya. No me basta, no, conque aparentes no estar

celoso; es preciso que no lo estés. Nuestro pacto no debía de consistir, no, solamente en la forma, sino también en la substancia. «Yo fiel; tú confiado.» Y por tu parte ¿cómo cumples el programa? ¡Tonto! ¿Acaso no veo que estás siempre en ascuas? ¿Crees que no me entero de tus pesquisas, de todo lo que haces para reconstruir minuciosamente mis horas? ¿para vigilarme? ¿para espiarme?

ENR. ¿Para espiarte?

MAR. Espiarme, sí; hasta has abierto una carta que venía dirigida á mí.

ENR. ¡María!

MAR. Sin embargo, hice como que no lo sabía, porque... porque me dabas lástima. (*Con un movimiento de orgullo y amabilidad compasiva.*) ¡Pero ten cuidado, Enrique! Te lo advertí á los pocos días de habernos casado, y te lo advierto ahora muy formalmente por última vez; á la larga los celos me harían infeliz, y la infelicidad podria hacerme culpable. Por más que hagas no podré cambiar mi carácter. He nacido así. No pecaré nunca ni con el pensamiento; ¡pero nunca renunciaré á mi inofensiva libertad! ¿Que soy coqueta? ¡Pues mejor! ¡La coquetería de una mujer sirve para tantas cosas! En primer lugar, la coquetería es una válvula de seguridad para la honradez; y además es un régimen excelente para curar los celos de un marido... Te he sido y te seré fiel ilimitadamente; mas no merecías ya esta fidelidad mía, si me ofendieses con la duda, con la desconfianza ó con la sospecha. ¡Y óyeme bien! Te juro que el día

en que te atrevieras á acusarme de veras, yo... óyeme y que no se te olvide, Enrique: yo me decidiría á engañarte también á engañarte también de veras. Y ahora vete al teatro y hasta luego. (*Pausa.*)

ENR. (*Humilde.*) Hasta luego. (*Sin moverse.*) ¿Estás enfadada conmigo?

MAR. No estoy enfadada.

ENR. ¿Me perdonas?

MAR. Ya te he perdonado y te perdonaré mejor aún.

ENR. (*Con ansiedad cariñosa.*) ¿Cuando?

MAR. Más tarde, más tarde.

ENR. ¿Pero cuándo?

MAR. Te lo diré al oido.

ENR. Dímelo en voz alta; estamos solos.

MAR. ¿Solos? Estás tú de frac y corbata blanca, y yo en traje de gala, y así nunca se está verdaderamente solo.

UN CRIA. El señorito Ricardo.

MAR. ¡El hombre del peligro!

ENR. Me voy á escape... no vaya á figurarse que su presencia me incomoda.

ESCENA II

Dichos y RICARDO.

ENR. (*Encontrándose con Ricardo y aparentando mucha prisa.*) Querido Ricardo, te esperábamos... digo; «mi mujer te esperaba:» yo... tengo prisa... no quiero perder tan siquiera una nota: tú llevarás á mi mujer; adiós, adiós.

RIC. Pero aguarda... no huyas así.

ENR. Nada... nada... que tengo prisa.

RIC. Es inútil que te apresures; esta noche no hay «Lohengrin».

ENR. ¿De veras? (*Se para.*)

RIC. (*Dando la mano á María.*) Acabo de saberlo.

MAR. ¿Y en lugar del «Lohengrin»?

RIC. En lugar del «Lohengrin» nos cantan la consabida «Gioconda».

MAR. ¡Ah! pues yo se la regalo á ustedes. Prefiero quedarme en casa. Menos mal para Enrique á quien le gusta la «Gioconda».

ENR. Nada de eso; no he dicho nunca que la «Gioconda» me guste.

RIC. A mi me lo has dicho.

ENR. ¿A tí? (*María mira á Enrique como diciéndole que no busque pretextos para quedarse. Enrique comprende.*)

RIC. ¡Lo menos veces! (*Bromeando.*)

ENR. Puesto que tu afirmas que estoy enamorado de «Gioconda», voy á tragármela. (*Bromeando, pero de mala gana.*)

MAR. Que te diviertas, y... ¡mucho cuidado con las danzas!

ENR. En la «Gioconda» no hay más danzas que las de las horas.

RIC. Pues cuidado; son horas muy lindas, pero muy «perdidas».

ENR. Lo que es para mi, ¡tan perdidas! ¡Buenas noches!

RIC. ¡Buenas noches, Enrique! (*Váse Enrique.*)

ESCENA III

MARIA y RICARDO.

MAR. (*Sentándose.*) Venga usted, Ricardo. Acérquese. (*Ricardo se queda en pié algo lejos de ella.*) ¡Acérquese!

RIC. Si, pero... no mucho, María... está noche está usted...

MAR. ¿Estoy?... ¿Cómo estoy?

RIC. Esta noche tiene usted...

MAR. ¿Qué tengo? (*Mirándose.*) lo de siempre.

RIC. (*Indicando con un leve gesto al escote.*) Y aun algo menos.

MAR. ¿Le trastorna á usted? Pues tiene remedio. Deme usted ese chal.

RIC. ¿Este? (*Se lo presenta.*)

MAR. Sí: ese. (*Sin tomarlo.*) Tápeme los hombros.

RIC. ¿Solamente... los hombros?

MAR. Vamos, dése usted prisa y déjese de tontunas. (*Ricardo con mucha lentitud la envuelve la toquilla de encaje en derredor del cuello, con una mirada graciosamente indiscreta.*)

MAR. ¡Ay, por Dios! ¡Qué despacio va usted!

RIC. Si estuviera ciego iría más deprisa. Ya... ya está tapada. (*Suspira.*)

MAR. Siéntese y hable. Le confieso á usted que preferiría el «Lohengrin» á usted. Pero le confieso tambien que únicamente usted podía sustituirlo. Usted es algo poeta, y en sus palabras hay siempre su poquito de música. Hable pues.

RIC. (*Sentándose.*) Mas como á «Lohengrin»

le obligan á marcharse en cuanto vende su secreto, yo que no pienso marcharme, me guardaré muy mucho de revelar el mío.

MAR. Quiero conocer el secreto.

RIC. Le repito á usted que no pienso marcharme.

MAR. Respondo de que usted se quedará.

RIC. Prométeme que en todo caso, será usted quien me obligará á quedarme.

MAR. Se lo prometo. Venga el secreto.

RIC. El secreto es que... el secreto es que he dicho una mentira. Esta noche en el Real, ni hay tal «Lohengrin», ni tal «Gioconda».

MAR. ¿Qué función hay entonces?

RIC. Ninguna. Constipado general á puertas cerradas.

MAR. (*Enfadada.*) ¿Y por qué ha mentido?

RIC. ¿Por qué? Porque viendo que su marido tenía muchas ganas de ir al teatro, yo, no he tenido el valor de renunciar... á su ausencia.

MAR. Ricardo, no le permito á usted tratar á mi marido como á un niño; no, ¡no se lo permito de ningun modo!

RIC. ¿Lo ve usted? ya está á punto de echarme... ¡Bien decía yo que era mejor callar!

MAR. No le echo: pero de todas maneras quedará usted castigado: ¿y sabe usted cómo? Enrique sospechará la causa de la mentira y volverá en el acto.

RIC. No tiene celos y no sospechará nada.

MAR. Todos los maridos tienen celos cuando no los engañan.

RIC. ¿Y le causa á usted molestias con sus celos?

MAR. No me los causa, pero yo las siento lo mismo.

RIC. ¡Bueno! Pues si es verdad que tienen celos solamente los maridos no engañados, usted para tranquilizar al suyo debe hacer algo.

MAR. ¿Engañarle?

RIC. Es lógico.

MAR. ¿Con usted?

RIC. Conmigo, ó con «otro», aunque preferiría que fuese conmigo.

MAR. Tiene usted razón, mi querido Ricardo, pero no hay nada más incómodo que el engaño.

RIC. Usted no lo ha experimentado todavía.

MAR. ¿Y quien se lo ha dicho?

RIC. Estoy convencido de ello.

MAR. ¡Y me hace usted la corte!

RIC. ¡Pues claro!

MAR. ¿Y porqué me la hace usted?

RIC. Porque amo á usted.

MAR. Sin esperanza ninguna.

RIC. ¡Es siempre probable que ocurra precisamente aquello que no ha ocurrido nunca! Alguna vez ha de ser.

MAR. Pero, precisamente nunca ocurre, aquello que no puede jamás ocurrir. (*Pausa.*)

RIC. (*Acercándose á ella.*) ¿Se siente usted tan fuerte, María?

MAR. ¡Inexpugnable!

RIC. ¿Nada menos? (*Pausa.*) Como á una mujer de talento se le puede confiar todo, ¿me permite por indulgente concesión que le diga todo lo que pienso?

MAR. Se lo permito.

RIC. ¿Aun cuando yo tenga que llegar casi, casi hasta... la impertinencia?

MAR. Llegue usted hasta donde pueda.

RIO. Usted se siente fuerte; pero ¿en que consiste su fuerza?

MAR. ¿Debo contestarle?

RIC. No: contesto yo mismo.

MAR. ¡Vaya una manera de discutir!

RIC. Su fuerza de usted, María, no consiste más que en el conocimiento de su debilidad.

MAR. No comprendo... A ver, á ver, explíquese usted un poco más claro.

RIC. Me explicaré. Míreme usted á los ojos.

MAR. Que son tan hermosos.

RIC. ¡Déjese de broma!

MAR. Bueno, ¿y qué?

RIC. Que usted es inexpugnable sencillamente porque tiene muy buen cuidado de no dar nunca á su enemigo, facilidad, ocasión alguna para cercarla, para sitiarla, para asaltarla.

MAR. ¡Al contrario! ¡Si vivo constantemente en estado de sitio! Si no hago más que rodearme de seductores. Acaso me hace usted la ofensa de no reparar en mis coqueterías?

RIC. A pesar de todo, usted no pertenece á la categoría de las... de las coquetas auténticas. Usted es mejor que ellas, eso es; más mujer; y por consiguiente más expuesta á caer. Las otras aun atreviéndose á todo, no es posible que caigan. Tienen el poder y lo conservan. Una coqueta que acaba por tener un amante, es como un soberano que abdica! Usten no tiene un amante, perdóneme si empiezo á llegar á la impertinencia.... Usted no tiene un

amante, no porque lo resiste, sino por una sola razón, porque... lo evita. ¿Dónde están sino las pruebas de la resistencia de usted? ¿Cuales son? Su «budoir» está siempre lleno de gente; y cuando no, están las puertas abiertas, lo cual es lo mismo que tenerlo lleno de gente: sus paseos son públicos, como una procesión: sus conversaciones no pueden tener nunca intimidad; son tambien públicas como una discusión parlamentaria. Por tanto, no afronta usted el peligro de la sabiduría, de la habilidad, de las audacias ajenas... y nada hay menos expuesto para una mujer, que esta exposición permanente ante todo el mundo.

MAR. No puedo negarlo; habla usted con muchísima verdad y mucho talento.

RIC. Déjese de cumplidos más ó menos irónicos. ¿Se jacta usted de su impasíbilidad? No tiene usted derecho para ello. ¿De qué seducción ha triunfado usted? Cuatro charlas, un apretón de manos, una mirada, un ramillete de flores, un *téte* á *téte* en coche abierto, en las horas en que las calles rebosan de gente... ¡Oh! Todo eso no es seducción. Yo, yo por ejemplo que le hago la corte y no tengo ninguna gana de renunciar á usted ¿qué razón tengo para estar convencido de su inexpugnabilidad? Usted evita todas las ocasiones en pue yo podía estar—lo diré con una frase de tenor—en la plenitud de mis facultades; usted evita todas las ocasíones en que yo podría ser yo; en fin, usted presiente dónde, cómo y cuando empezaría

su debilidad, y esa es toda la fuerza de usted.

MAR. Conque resumiendo: ¿tengo miedo á usted?

RIC. No lo sé; pero nada me impide creerlo así.

MAR. ¿Le agrada creerlo? pues créalo usted.

RIC. ¿Lo ve usted? Ahora mismo busca una salida cualquiera. Si estuviese segura de si propia, de su fuerza, me desafiaría.

MAR. ¡Ay, Dios mio! ¿y porqué he de privar á usted de su triunfo imaginario?

RIC. ¡Cuidado! Lo que usted dice es muy hábil, pero revela más y más su debilidad. ¿Vamos á que si le ruego que me prive de este triunfo imaginario, desatiende usted mi ruego?

MAR. ¡Qué complicado viene usted esta noche! Simplifiquemos.

RIC. Simplifiquemos. ¿Quiere usted mostrarme, efectivamente, que sabe rechazar una pretensión?

MAR. ¡Pero entendámonos! ¿Habla usted seriamente?

RIC. ¿Consentiría usted en esa demostración?

MAR. Sin duda.

RIC. ¿No se arrepentería usted?

MAR. No me arrepentiré.

RIC. Pues bien; le propongo á usted una entrevista, un encuentro sério.

MAR. ¿Cómo?

RIC. En mi casa.

MAR. ¿En su casa? *(Riendo.)* ¡Ja, ja, ja! La gran prueba, la terrible prueba, ¿no es nada más que esa?

RIC. Vivo solo.

MAR. Perfectamente.

RIC. Por primera vez se encontrará usted á mi lado, en un ambiente secreto; entre cuatro paredes, sin testigos...

MAR. Perfectamente.

RIC. ¡Sin defensa!

MAR. ¡Perfectamente!... ¿y luego?

RIC. ¡Y luego.... y luego.... luego veremos! ¿acepta usted?

MAR. (*Riendo.*) ¡Ya lo creo que acepto! ¡Ja, ja!

RIC. ¡Usted no irá!

MAR. ¡Ja, ja, ja! ¿Y por qué no había yo de ir?

RIC. Por eso; por debilidad.

MAR. ¡Pues le aseguro á usted que iré!

RIC. ¿Cuando?

MAR. Mañana.

RIC. ¿Hora?

MAR. ¡Las dos!

RIC. ¡A las dos!

MAR. ¿Armas?

RIC. Las escogeremos en el terreno.

MAR. Está bien.

RIC. Condesa... (*Con incredulidad.*)

MAR. ¡Ricardo! ¡usted puede dudar de muchas cosas... pero de mi palabra no!

RIC. Tiene usted razón.

MAR. ¡Gracias!

RIC. (*Levantándose y con mucha galantería.*) Y ahora debemos separarnos. Cuando hay pendiente un duelo, los adversarios no tienen ya nada que decirse.

MAR. Perfectamente. (*Inclinándose profundamente y con cómica gravedad*) ¡Caballero!..

RIC. (*Inclinándose como ella.*) ¡Condesa!...

MAR. ¿Hasta mañana?

RIC. Hasta mañana. (*Cuando va á salir entra Enrique.*)

ESCENA IV

RICARDO, MARIA y ENRIQUE.

Ric. ¡Hola!

Enr. Por lo visto está escrito que nos encontremos siempre en el umbral de las puertas.

Ric. (*Algo azorado.*) ¿Como de vuelta?

Enr. (*Con chanza disimulada.*) Por el camino me he enterado de que decididamente la «Gioconda» no me gusta.

Ric. Has encontrado cerrado el teatro.

Enr. ¡Hombre! ¿Y como lo has adivinado?

Ric. Porque anteanoche sucedió lo mismo. Primero variaron la función, y despues la suspendieron del todo.

Mar. Es preciso protestar.

Enr. Sí; es preciso protestar... pero por esta vez no protestaremos.

Ric. ¿Irás al club esta noche?

Enr. Por ahora me quedo en casa: tengo algo de jaqueca... ¿Y tú te vas tan pronto?

Ric. La Condesa acaba de despedirme.

Enr. (*Con afectación.*) Quédate, quédate un ratito más.

Ric. No, Enrique; me voy...

Enr. Te lo ruego. Mira, te lo ruega María tambien.

Mar. Yo no.

Enr. (*Sinceramente sorprendido.*) ¡Hola!

Mar. Por una razón que no puedo decir esta noche no debo ya hablar con él.

Enr. ¡Ja, ja, ja! ¡Tú no debes!... (*Mira á los dos más fijamente de lo que quiere aparen-*

tar. Pausa.) ¿Ella?... ¿ella no debe?... (*A Ricardo.*)

RIC. (*Disimulando su azoramiento.*) Ella no debe...

ENR. ¡Bueno! Pues entonces, vete.... (*María se sonrie. Silencio molesto, durante el cual parece que los tres esperan algo.*

RIC. (*Decidido.*) Conque... adios, Condesa.

MAR. Adiós.

RIC. ¡Hasta luego, Enrique!

ENR. Hasta luego. (*Vase Ricardo.*)

ESCENA V

MARIA y ENRIQUE.

ENR. (*Esforzándose para aparecer sereno y de buen humor.*) ¿Y qué es ello?

MAR. ¡Misterios!

ENR. No soy curioso, ni deseo saberlo.

MAR. Convencida. (*Pausa. Enrique coge un periódico, se sienta en una de las butacas del dos á dos, y hace como que lee.*)

MAR. (*Acercándose á él con cariño.*) Dí: ¿Tienes jaqueca de veras?

ENR. De veras.

MAR. ¿Qué haces? ¿Lees en la cuarta plana?

ENR. ¡Yo! ¡Ah, si! Pues dice lo mismo que la primera.

MAR. ¿No estás de mal humor?

ENR. ¡Al revés! ¡Estoy muy alegre! (*Se sienta con afectación.*) ¿No lo ves?

MAR. ¿Quieres que nos vayamos juntos á la embajada? Hoy se baila allí. ¿Quieres que nos quedemos aquí como dos palomitas?

ENR. A tu elección. (*Con amabilidad.*) ¿Y por–

qué no vas tu sola á la embajada? El coche está enganchado todavía: aprovéchalo. Vete, hija mía.

MAR. ¿Y si no quisiera ir sola?

ENR. ¡Ay, por Dios! Esta noche hay novedades.

MAR. Había decidido pasar la noche contigo: ¿te molesta acaso?

ENR. Al contrario.

MAR. Bueno, *(Toca el timbre.)* nos quedaremos en casa.

ENR. Me alegro.

UN CRIA. *(Entra.)*

MAR. Diga usted en la portería que no recibo, y al cochero que desenganche. *(A Enrique.)* ¿Está bien así? Para mañana... *(Piensa.)*

ENR. No se te olvide que mañana vendrá el pintor, para empezar el famoso retrato.

MAR. ¡Qué cabeza la mía! ¿A qué hora viene?

ENR. Dijo que de una á dos.

MAR. A la una almorzamos.

ENR. Despues.

MAR. Despues... despues quizá tenga que hacer.

ENR. *(Impresionado por el acento de María.)* Sin embargo, parecía que el retrato te interesaba mucho..... Era tu idea fija. ¿Tanto trabajo te cuesta tener una sesión siquiera de una hora con el pintor despues del almuerzo?

MAR. *(Al criado)* Puede usted retirarse.

CRIA. ¿Y para mañana, que órdenes me dá la señora Condesa?

MAR. Mi berlina para la una media.

ENR. *(Aparte.)* ¿A la una y media?

MAR. Pero no, no; ya daré órdenes mañana por la mañana. *(Sale el criado.)* Y ahora toda la noche para tí.

ENR. (*Fingiendo.*) ¡Qué buena eres!

MAR. Ni buena, ni mala: tal vez una buena esposa y una mala mujer, ó vice versa. ¡Quién sabe!

ENR. Yo lo sé, María; lo sé que eres buena, pero la mejor esposa aventura por lo menos su reputación en entrevistas solitarias como la que has tenido con Ricardo.

MAR. ¿Solitarias y has hallado de par en par esas puertas? Y has vuelto cuando menos se te esperaba?

ENR. Los maridos no vuelven siempre á tiempo: las puertas se cierran.

MAR. Cuando hay voluntad de cerrarlas.

ENR. Son muchas las mujeres salvadas por falta de voluntad: estas son las verdaderamente buenas. Pero son muchas tambien las salvadas por falta de ocasión Estas no pueden cantar victoria, porque quien no está en ocasión, no está en peligro.

MAR. ¿De modo que piensas que debes tu seguridad, no á mi virtud propia, sino á la vigilancie ajena? ¿Y por lo tanto no te creerás obligado á agradecerme mi honestidad casi involuntaria? Lo he oido con risa y con curiosidad cuando me ha dicho lo mismo un mequetrefe cualquiera.

ENR. Ricardo, por ejemplo.

MAR. Sea Ricardo. Pero dicho por mi marido ya el caso merece ser pensado seriamente. Porque á la vez que tú y Ricardo, la opinión juzgará también que mi honradez es casual. Y cuando es habitual debe de ser lucida y estimada por todos y sobre todos por quien quiero que la estime. Por tanto, vale la pena de ensayarse para

saber definitivamente si este escudo guardado en vitrina donde no llega el aire, es de acero indestructible, ó de plomo que se derrite al primer fuego. (*Pausa.*) Pero hijo, ¡qué lejos estás! ¡Y qué grave y ceñudo estás! ¡Parece tu primera visita!

ENR. Efectivamente, ceremonia. Me has dicho tu misma que de frac y en traje de gala no se está nunca sola.

MAR. Teorías del momento.

ENR. Y además... la jaqueca: esperemos que se me pase.

MAR. (*Sentándose en la butaca del dos á dos, volviendo la espalda á Enrique.*) Esperaré. (*Largo silencio. Luego le llama en voz baja.*) ¡Enrique!

ENR. (*Más y más preocupado.*) ¿Qué quieres?

MAR. ¿Hay jaqueca todavía?

ENR. Eso.

MAR. Esperaré. (*Cruza los brazos con la actitud de quien se resigna á tener paciencia. Otra larga pausa. Enrique sigue pensativo. María se vuelve lentamente y le mira de reojo á la cabeza. Luego vuelve á tomar la postura de antes y suspira profundamente.*) ¡Ay!

Cae el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Salita amueblada caprichosamente, con mucho carácter artístico. En el foro una puerta grande desde la cual se baja á un jardin. A la izquierda otra puerta. A la derecha una ventana. En la sala hay vitrinas, veladores con estatuitas de mármol y bronce, jarrones de magnolias, retratos de señoras de todos tamaños, una mesa de despacho llena de papeles, libros y periódicos, al lado de la mesa un piano. Estantes, tapices antiguos, etc., etc. Por la ventana penetra la luz del sol.

ESCENA PRIMERA

RICARDO, luego el criado LORENZO

Ric. (*Está arreglando y dispone los bivelots caprichosamente abre el piano y busca entre los papeles de música.*) ¡Ah!... ¡Chopin! Hace falta tambien. (*Pone un libro abierto sobre el atril y busca papeles.*) Sugestivo. (*Pone muy á la vista retratos de mujeres muy bonitas.*) Así... bien... así... (*Coloca un papel sobre la mesa escritorio y coloca sobre la carpeta á la vista los versos.*)

Lor. (*Entra llevando un canastillo con flores sueltas.*)

RIC. ¿Has abierto la verja?

LOR. Si señor.

RIC. Reparte las flores en estos cacharros. Mejor repartidas... deja caer alguna entre los retratos... No, no tapes ese retrato ni con flores, es el de una mujer hermosísima, y las mujeres hermosas son como las cerezas .. cogiendo á una coges á diez... y que dedicatoria... Efecto seguro. *(Pausa.)* Esa Venus no está bien así, colócala un poco más vuelta. *(El criado vuelve una estátua que representa una mujer vestida.)* ¿Pero qué estás haciendo? La Venus es la otra, la que está desnunda... no se ha visto jamás una Venus vestida, tontín... Para fuera... para fuera... que se vea más eso... así... eso. Y ahora, viejecito mío, escúchame bien, dile al jardinero que se aleje por un par de horas... que se vaya á dar un paseo... un paseo muy largo... *(El criado va á marcharse.)* Espera. *(El criado se para. Ricardo mira el reloj se pasea alegremente agitado y frotándose las manos.)* En cuanto á tí, dentro de unos minutos, te colocarás en un rincón del jardin, desde donde puedas ver á toda persona que entre. ¿Me esplico? A eso de las dos, entrará una señora. Ni te acerques á ella ni te dejes ver. ¿Me esplico? Mientras no haya entrado aquí no te apartarás de tu rinconcito, pero sin perder de vista la puerta del jardin, que dejarás siempre de par en par, pues no sé si la señora querrá salir por ese lado, ó más prudentemente, por mi puertecita particular..... Si ves venir á alguien sea quien sea, sales de tu rinconcito, dices que no estoy en casa, y

vuelves al escondrijo. ¿Me esplico si ó no?

LOR. Muy claramente.

RIC. (*Escuchando.*) Calla... ¿no oyes el ruido de pisadas? Si será ella... tan temprano. Ea Lorenzo escóndete. (*Empuja al criado á la habitación de la izquierda.*) No quiero que la asustes pobrecita. (*En cuanto ha desaparecido el criado, Ricardo lleno de alegría se dirige hacia la puerta del jardin, al mismo tiempo que aparece Enrique.*) Hola tú. (*Vivamente sorprendido.*)

ENR. Pues que... ¿te he asustado?

RIC. Asustarme... al contrario... me das una verdadera alegría... pero una gran alegría... ¿y como tú por aquí?

ENR. Te diré .. iba dando un paseo al sol... Al hallarme delante de la verja que está abierta, me he dejado vencer por la tentación de entrar, y me dije para mi: ¡Ea! Vamos á ver lo que está haciendo mi querido Ricardo.

RIC. ¡Qué idea más oportuna!

ENR. ¿Acaso te molesto á estas horas?

RIC. ¿Molestarme, tú, y á estas horas precisamente? ¿Tú molestarme á mí? ¿Estas loco?

ENR. (*Aparte.*) Tanteemos el terreno. (*Mira el reloj.*) Las dos menos venticinco.

RIC. (*Sacando su reloj y mirándole.*) Eso... las dos menos venticinco.

ENR. Digo, no, las dos menos veinte.

RIC. ¿Estás seguro de que tu reloj no adelanta?

ENR. Muy seguro.

RIC. ¡Diablo!

ENR. Dispensa ¿á que viene ese diablo?

RIC. ¿Qué diablo? ¿He dicho diablo? Ah sí, quería decir, diablo siéntate hombre. Fúmate un pitillo, no hagas cumplidos. To-

ma, toma uno de estos cigarrillos turcos.

ENR. ¿Turcos?

RIC. Turcos.

ENR. ¿Y tú no vas á salir?

RIC. Sí, sí, en efecto tengo que salir.

ENR. Pues entonces, no me siento. Saldremos juntos.

RIC. Eso; saldremos juntos. Lorenzo, Lorenzo. *(Lorenzo se presenta.)* El sombrero, los guantes, el bastón. Pronto.

LOR. ¿Como el señor sale?

RIC. ¡Salgo! ¡Salgo!... déjate de observaciones. *(Vase el criado.)*

ENR. Que monísimo es tu hotelito.

RIC. ¿No habías estado nunca aquí? No es feo no. Para un muchacho comprenderás...

ENR. *(Dando vueltas por la sala y echando miradas escrutadoras á las habitaciones interiores.)* Este ambiente me gusta muchísimo.

RIC. *(En voz baja Lorenzo mientras toma el sombrero y los guantes.)* Pónte delante de la verja, por si llega la señora que espero y dile... ¿pero que se le dice?

ENR. Libros, objetos de arte, un haren. . en retratos... Me gusta... me gusta todo esto... Vendré á verte muy amenudo.

RIC. ¿Me lo prometes?

ENR. Te lo prometo formalmente.

RIC. *(A Lorenzo en voz alta y con acento de cólera.)* ¿Y tú que haces ahí, tan parado?

LOR. Esperaba...

RIC. ¿Ordenes? Pues bien no estoy en casa para nadie. ¿Has comprendido bien todo lo que te he dicho? *(Lorenzo se va por la puerta del jardin.)*

ENR. ¿Conque no sales?

Ric. Acabo de decirle al criado que no estoy en caso para nadie, y eso quiere decir que salgo.

Enr. Es que muy amenudo, cuando no está uno en casa para nadie, lo está para si mismo. Pero puesto que sales, vámonos.

Ric. Vámonos. (*Saca el reloj revelando apesar suyo intranquilidad.*)

Enr. (*Observando todos sus movimientos saca también el reloj otra vez.*) Menos quince.

Ric. Quince... Ah pues entonces pensándolo mejor no salgo.

Enr. Si te lo había dicho.

Ric. No... es que estaba en duda...

Enr. Ricardo, voy advirtiéndo que he llegado inoportunamente. Tu ó tienes que salir sólo ó esperas á alguien.

Ric. No lo pienses. Y además, contigo no gastaría cumplidos...

Enr. No faltaba más. Y puesto que me aseguras que no te estorbo, echemos un párrafo. Dame otro cigarrillo. (*Se sienta.*)

Ric. Toma.

Enr. No son malos estos cigarrillos turcos; pero se apagan á cada momento.

Ric. A cada momento. (*Pausa.*)

Enr. Perfectamente. (*Pausa.*) ¡Pobre Rodolfo! ¿Sabes lo que le ha pasado?

Ric. Lo sé.

Enr. Y que te parece.

Ric. Digo no, no lo sé... dispensa estaba distraído... no se nada.

Enr. Pues te lo voy á contar con todos sus pormenores. Es toda una novela.

Ric. (*Ricardo se pasea de arriba abajo muy inquieto.*) ¡Ah!

Enr. Una larga novela.

RIC. Larga, mejor.

ENR. Sin duda has oído hablar alguna vez, de cierta vizcondesa... aquella... ¿sabes? que estuvo en Sevilla hace unos veinte años, y que de repente se marchó... nunca se supo á donde. Su casa era algo como una linterna mágica... donde se veía de todo, apariciones raras y contínuas. Por aquel entoces yo era niño como tu... sin embargo me acuerdo todavía de las anécdotas muy... saladas que se contaban acerca de aquella buena señora.

RIC. (*Nerviosísimo mira de reojo el reloj.*)

ENR. (*Lo vé y mira también el suyo.*) Menos diez. Mi abuelo hacía colección de aquellas anécdotas, y luego las relataba con su acento insinuante, bondadoso... ¡Ah! el pobre, que en paz descanse, las sabía contar de un modo delicioso. Por ejemplo...

RIC. Pero digo... ¿No me estabas hablando de Rodolfo?

ENR. A eso voy, á eso voy. Ten paciencia. Pues Rodolfo frecuentaba precisamente los salones de la vizcondesa... y no solamente los salones. ¿Te extraña? Hombre reflecxiona que Rodolfo tiene lo menos cincuenta años... Qué, ¿acaso me lo vás á negar? (*Pausa.*) ¿Me lo vás á negar?

RIC. ¿Pero qué?

ENR. ¿Tu opinas pues, que no tiene cincuenta años?

RIC. (*Tomando una resolución.*) (*Aparte*) Animo. (*á Enrique.*) Sí, hombre; tiene cincuenta, tiene setenta y cinco, hasta cien si quieres. Pero yo te confieso Enrique que estoy esperando á alquien y tu... tu debes irte inmediatamente.

ENR. (*Impresionado pero reprimiéndose.*) ¡Ah! Lo había adivinado.

RIC. Y ahora voy á decirte también el motivo de mi apuro. Yo tenía cita á las dos... con tu mujer, cita pública, en el jardín de la Marquesa de Valflor donde se juega un *match* de Lom-tenis y no puedo ír.

ENR. (*Dándose un golpe en la frente con repentina alegría.*) ¡Ah! Ahora me lo explico. ¿A las dos?

RIC. Sí. ¿Pero qué es lo que te explicas?

ENR. Nada... Mi mujer me había indicado algo de esto. ¿Y por qué no me lo has dicho antes?

RIC. Me parecía inconveniente eso de contar al marido la falta que iba á cometer con su señora... Le había prometido darle hoy la primera lección de Lom-tenis. Está muerta por aprender ese juego tan higiénico, tan movido...

ENR. No te inquietes por tan poca cosa.

RIC. Enrique, ayúdame; vete escapado á casa de la Valfior; ya estará ella de fijo... inventa, discurre con tu ingenio, algo para que me perdone. Pero por Dios vete enseguida... que son ya las dos.

ENR. Menos cinco, descuida... ahora voy, ahora voy.

RIC. Apresúrate. No pierdas la partida. Es un juego encantador... Bola va, bola viene; siempre una en el aire. Tomas la primera calle á la derecha y vas á dar á la Castellana... Llegarás en unos minutos. (*Acompañándole á la puerta.*)

ENR. No tengas cuidado, corro, vuelo.., déjame

á mí. Buena suerte calavera. (*Sale corriendo.*)

RIC. (*Desde el umbral de la puerta.*) Confío en tu imaginación y muchas gracias. Dios haga que no se encuentren delante de la verja. (*Cerca de la ventana.*) Se vá, se vá. Lorenzo, ven aquí, acércate... ¿El conde San Amalio ha salido por el jardín?

LOR. (*Desde dentro.*) Sí señor.

RIC. ¿Y por donde se ha ido?

LOR. Ha tomado hacia la derecha, y luegò calle abajo.

RIC. ¿Y entretanto ha venido alguien?

LOR. Nadie.

RIC. ¡Ah! ¡Respiro! Ahora ten cuidado. No olvides mis instrucciones. ¡Cuidado, eh! Me parece que estoy soñando. (*Se pasea por la sala, llega hasta la puerta, luego vá á la ventana vé á María de lejos y exclama:*) ¡Ah! por fin.

MAR. (*Lleva puesto un traje de mañana sencillo pero elegante y gabán corto, las manos metidas en el manguito. Su aspecto es de persona que tiene mucho que hacer, entra apresuradamente y se sienta en una silla en el centro de la escena. Respirando:*) Aquí me tiene usted.

RIC. (*Cierra la puerta del jardín, y vuelve con expresión de felicidad, saludándola.*) Antes de todo deje que le de las gracias por la puntualidad bondadosa, conque...

MAR. Bueno basta, aquí estoy, aquí estoy. Sedúzcame usted.

RIC. Pero condesa.

MAR. Aquí ni hay peros, ni condesas. No tengo tiempo que perder. Estoy en su casa de usted; estoy en sus manos; las puertas

están cerradas, nadie nos ve, nadie nos oye. Poca charla y proceda usted enseguida á la seducción.

RIC. ¡Ah! ¿usted piensa que caeré en la candidez de aspirar á seducirla? Se equivoca usted. Desgraciadamente, el seducido aquí soy yo, sin que usted tenga la culpa de ello, entendámonos.

María, usted ha comprendido que la amo, ha comprendido que mi desafío y mis alardes no eran más que el artificio de mi amor. He deseado que usted viniese á mi casa, eso sí, pero ¿para qué? Para tener ocasión de verla y hablarla con libertad; fuera del ambiente en que usted y yo tenemos la obligación de ser burlones. Lo he deseado, para decirle á usted que yo no soy más que un pobre enamorado; lo he deseado para...

MAR. Para. . para... Todo esto es completamente inútil.

RIC. ¡Inútil!

MAR. Sí, inútil.

RIC. Sin embargo...

MAR. Oiga usted querido Ricardo; yo he venido aquí para que usted me seduzca. Si usted no tiene medios para seducirme, me voy.

RIC. Ah María, María usted ha venido aquí para humillarme, nada más que para humillarme, y la verdad, lo ha logrado usted perfectamente. Pero de todos modos si sus sarcasmos agotan su crueldad, los acepto como un beneficio.

MAR. Y qué!.,... Adelante. Veamos.

RIC. Usted aparenta no creer en mis palabras... Hace usted mal. Ríase, ríase de mi tor-

peza, y de este loco amor mío; atorménteme usted, si el atormentarme le divierte; pero por Dios, no me atribuya usted la vulgar puerilidad de una ficción..... no, usted no puede atribuírmela. Su inteligencia no puede desconocer que en este momento soy sincero. Perdóneme María; es usted quien finge, usted finge no comprenderme, finge no creerme, finge...

MAR. Al contrario, tranquilícese usted, le declaro muy formalmente que le entiendo, que no dudo de su amor, usted se ha enamorado de mí y eso me alegra mucho. Palabra de honor; estoy muy contenta por ello y si yo estuviese enamorada de usted estaría más contenta aún, por eso precisamente he venido. Confío en sus fuerzas de usted; confío en sus seducciones; confío en sus atractivos; aquí estoy sola, *solísima* y llena de buena voluntad, con la intención hecha como el sugeto que se ofrece al hipnotizador. Ahora á usted le toca hacer lo demás. Ea pues, querido Ricardo se lo ruego, hipnotíceme y no hablemos más.

RIC. (*Desalentado se deja caer sobre una silla suspirando.*) ¡Es usted inexorable!

MAR. (*Afligiéndose afectadamente.*) No... no... no... Decididamente por este camino no iremos á ninguna parte. Ese aire de mártir, no le sienta á usted bien, y luego, que se yo,me esperaba otra cosa. Cuanta prudencia, cuanta mansedumbre, cuanta humildad! Se lo digo á usted sinceramente, no iremos á ninguna parte. (*Pausa.*) ¡Qué hermoso sol! !Qué aire más templado,

parece que estamos en primavera! Por todas partes huele á lilas. *(Tira el manguito y empieza á quitarse el gabán acercándose á él.)* Hasta tengo calor. Tire usted de esta manga. *(Ricardo le quita el gabán y se vuelve á sentar desalentado.)* Como usted vé no he perdido la esperanza. No me voy .. me quedo aquí y usted lo consiente ¿verdad? *(un silencio, da vueltas por la escena curioseándolo todo, se detiene junto al piano y mira los papeles de música.)* Weber invitación al vals. Chopin, cuarto nocturno. ¡Ah! aquel en que hay un delicioso Aceto de órgano tan lleno de misticismo. ¡Cuanta suavidad! *(Toca con una mano y tatarea las primeras notas de «La marcha de Cádiz» Yo soy el pato, etc., etc.)* ¡Qué melodía tan expresiva! *(Continua su inspección.)* Esta salita es algo como el símbolo del cerebro de usted, hay de todo. *(Va á la mesa despacho.)* Laboratorio literario y anexos... ¿Se puede? *(coje un papel.)*

RIC. Borradores... cosillas apenas trazadas. Le ruego no lea usted.

MAR. Apuesto á que lo ha dejado usted aquí de intento para que yo lo lea, á ver.

RIC. Le ruego no lea usted.

MAR. Arrójate en mis brazos amor mio. ¿Esos brazos son los de usted?

RIC. Aquí no hay otros.

MAR. ¿Y este amor mío soy yo?

RIC. Así parece.

MAR. Versitos á mí. Recursos de la escuela pasada. *(Leyendo.)* Me ahogan tus abrazos de tal suerte, que cuando sueño en tí, sueño en la muerte. ¿Este asunto de la muerte se refiere de veras á mí? Pues va-

ya un efecto triste que le hago á usted. Menos mal que se lo hago en sueños. Por lo visto no es usted un poeta decadente. A mí los decadentes. A mí me gustan mucho. Esos dicen todo lo que quieren, pero siquiera no los entiende nadie. ¡Cuanto retrato de mujer bonita! Todas conquistas, escuso decirlo. ¿Eh? Han sido todas más afortunadas que yo ¿Pero y este quién es?

Ric. Es el retrato de un hombre.

Mar. ¿Marido de una amante de usted?

Ric. ¡Ca!

Mar. ¿Padre de una amante de usted? ¿Hermano?

Ric. Ay por Dios condesa, sea usted más generosa. Basta por ahora.

Mar. ¿Basta de que? Entre tantas mujeres encuentro á un hombre, es natural que me interese por él. ¿Quién es?

Ric. No lo sé.

Mar. ¿Cómo que no lo sabe usted?

Ric. Es un ruso... Déjelo usted en paz.

Mar. ¿Y se llama?

Ric. Paykovisquy.

Mar. Paykovisquy? Comprendido. Compositor. ¿Qué ha compuesto?

Ric. No es compositor.

Mar. ¿Poeta?

Ric. Tampoco.

Mar. ¿Pintor?

Ric. Hay para morir.

Mar. ¿Pero se puede saber por fin que hace aquí este hombre?

Ric. ¿Y se puede saber por fin cuando dejará usted de atormentarme?

Mar. Es usted muy raro. Le digo todo lo que

se puede decir á un hombre, renuncio á toda clase de resistencias, me pongo á las órdenes de su valor, y de su amor, le animo á usted á todo; y usted se queda ahí tímido y vergonzoso, como un estudiantillo que no haya aprendido de memoria la lección y teme que el profesor le llame; ¿y encima de eso usted se queja? Ah, esto es increible. ¿Pero qué quería usted? ¿Acaso que yo me echara á sus pies ó que me dejara caer en sus brazos, y retorciéndome yo pronunciara su nombre adorado? ¿Qué es lo que quería usted? Yo podía hacer eso, con un cadete, con un estudiantillo, con un novicio; ¿pero con usted? Con usted señor conquistador irresistible. César invicto. Sépase si es, ó no es, lo que me ha dicho que es.

Ric. Condesa... Es verdad, he sido un tonto, desafiando en apariencia su talento y su virtud, aunque yo no haya tratado ni haya obedecido más que á la esperanza de conmover á usted y no á la de conquistarla; sin embargo... reconozco mi error, reconozco mi torpeza... Por el error casi ofensivo le pido á usted perdón; pero por mi torpeza debía de pedirme perdón á mi mismo, y no lo hago. Fíjese usted. El hombre que se declara torpe y á ello se resigna, tiene ya una gran ventaja; pues no teme llegar á serlo. Por eso usted hace mal en burlarse de mí.

Mar. Si no me equivoco, el provocador varía de armas, pero no abandona el terreno?

Ric. A quien está escamado como yo lo estoy, y hoy más que nunca, no debe de exigírsele audacia, ni siquiera bromeando.

MAR. ¿Armas de fuego por lo visto?

RIC. Pues sí. Armas de fuego que podré usar involuntariamente. La idea de caer en ridículo no me detiene ya. ¿Qué usted se ríe de mí? Pues no me importa. ¿Qué le parezco á usted un mal comediante? Pues no me importa. ¿Qué le parezco un necio, un hombre vulgar? Pues no me importa; nada me importa ya, ni comprendo ya nada, y al verla á usted cerca de mí, hermosa, sonriente, despreciativa, desdeñosa, le juro á usted, María, que pierdo la cabeza. *(Se acerca mucho á ella; María, inmóvil, cruza los brazos altanera y burlona; Ricardo retrocede como dominado.)*

MAR. ¿No lo ve usted? Ni siquiera las armas de fuego sabe usted usar; mucho ruído y en resúmen ¿que?... Pues... nada... nada...

RIC. Nada. (*Se oye llamar á la puerta del foro.*) ¿Quién es? ¿Quién se permite llamar así?

LOR. (*Dentro.)* Soy yo; Lorenzo.

RIC. ¿Qué quieres?

LOR. Tengo que decirle algo al señor.

RIC. No; vete.

LOR. El señor me perdonará, pero tengo que decirle algo.

RIC. En fin. ¿Qué hay?

LOR. ¿Puedo hablar?

RIC. Habla.

LOR. Ha vuelto el caballero de antes; le he dicho que el señor había salido y que en casa no había nadie.

MAR. (*María va á mirar por la ventana.*)

RIC. Pero me ha contestado que le aguardaba á usted, y se ha plantado delante de la casa.

MAR. ¡Es mi marido!

RIC. (*Alarmado.*) Sí, su marido de usted. Ha venido aquí antes que usted, sospechando algo sin duda.

MAR. Y usted no me ha dicho nada.

RIC. Me pareció inútil alarmarla. Le he despistado diciéndole que usted me esperaba en el jardín de la Valflor.

MAR. Embustero.

RIC. ¿Acaso podía decirle la verdad para perderla á usted?

LOR. ¿Tiene algo que mandarme?

RIC. No sé... déjame reflexionar.

MAR. (*Esforzándose por aparecer alegre y despreocupada como antes.*) Pues no hay nada que reflexionar más vale que reanudemos la plática, donde la hemos interrumpido... Tal vez usted no se haya enterado de ello, pero yo empezaba por fin, á conmoverme con sus palabras, me parece que las armas de fuego, habían herido mis cuerdas sensibles. ¡Ja, ja, ja!

RIC. ¿Se ríe usted todavía?

MAR. Si empiezo ahora.

RIC. Pero malditas las ganas que tiene usted de reir.

MAR. Se equivoca usted. La llegada de mi marido, su turbación de usted; su cara de conspirador atrapado; todo esto me divierte mucho.

RIC. Ah no... no la divierte á usted, condesa, se agotó su serenidad, ya no es usted la misma de antes.

LOR. ¿Tiene algo que mandarme?

RIC. Espera, Lorenzo. Sé lo que usted sufre en

este momento, sé lo que usted teme, veo su agitación y voy á salvarla á usted.

MAR. ¿Cómo?

RIC. Ah, se ha hecho traición usted misma. Pues bien, sí, quiero salvarla. Esta llave abre una puertecita de la fachada posterior de mi hotel. Puede usted salir de aquí, sin que su marido la vea. Se encontrará usted en un callejón desierto.... en unos minutos llegará usted á la Castellana, así el conde la esperará á usted en balde, dos, tres, cuatro horas, y acabará por convencerse de lo infundado de sus sospechas.

MAR. (*Alargando la mano para coger la llave.*) Ah! Gracias.

RIC. Espere. ¿Ha comprendido usted que la salvo?

MAR. Sí; lo he comprendido.... y le confieso que estoy arrepentida, de mi grave imprudencia... Acepte usted toda mi gratitud, y déme la llave.

RIC. Espere. La gratitud es una hermosísima recompensa; más yo, yo exijo algo más concreto. Estoy dispuesto á salvarla á usted; pero no olvide usted condesa, que la amo y mi amor no sabría perdonarme tan excesiva generosidad.

MAR. ¿Qué quiere usted decir con eso?

RIC. Es mi amor, mi amor quien me obliga á pactar, no ofrezco, sino vendo á usted esta llave... Le vendo á usted su salvación... ¿Está usted dispuesta á comprarla?

MAR. ¿Yo?

RIC. No grite usted... allí fuera hay un criado que aguarda. Piénselo usted condesa, piénselo usted bien... Aquí está la llave.

Aquí está su salvación... Si no quiere comprarla está usted perdida...

MAR. Ah... Cana...

RIC. ¡Canalla!

MAR. Sí, sí canalla.

RIC. Ya lo sabía. Es la palabra de ocasión. En las situaciones como esta, sobre todo en el teatro, es esta la palabra tradicional, y en efecto en este momento usted recuerda algo de la Tosta; y yo soy un poco... un poco solamente el baron Escarpia, ¿no es verdad? ¡Eh! Así es... Canalla. (*Se ríe con aire burlon y luego muy galante dice.*) Menos canalla sin embargo de lo que usted cree... Mi amor ya se lo dije me obliga á pactar y no hay remedio. Vendo la llave condesa, se la vendo... por un abrazo. Como hombre, pido mucho, es verdad; pero como canalla... convenga usted en que pido poquito. *(Pausa.)* ¿Quiere usted pagar?

MAR. (*Después de una pausa, con ira reprimida y supremo desdén, contesta.*) No.

RIC. ¿Cómo, prefiere usted un escándalo?

MAR. Sí.

RIC. ¿Prefiere usted comprometerse?

MAR. Sí.

RIC. ¿Es tan grande pues la repugnancia que la causaba á usted concederme el más leve favor, que antes de eso usted se decide á comprometerse, á perderse? ¡Ah no hay caballerosidad que pueda resistir semejante desaire! fuera esta llave.

MAR. ¡Eh! ¿cómo se llama ese criado? ¡Ah! ¡Lorenzo, Lorenzo!

RIC. No, María. . Perdóneme .. tome... sálvese usted ..

MAR. De usted no quiero ningún favor. No quiero. Lorenzo, diga usted al conde de San Amalio que aquí está su mujer y que le espera. Vaya usted pronto.

RIC. ¿Y ahora? ¿qué pasará ahora?

MAR. O una catástrofe ó nada; me es lo mismo.

RIC. ¡Ay, Dios mío, Dios mío! ¿qué ha hecho usted? Pero aún tiene usted tiempo. Huya, huya usted antes de que él llegue.

MAR. Es inútil, ya sabe que estoy aquí.

RIC. (*Abriendo la puerta*). Sí, voy á su encuentro...

MAR. Quédese usted tranquilo, no le sonríe la idea de que nos mate juntos.

(Enrique entra por la puerta del foro palidísimo, y dominándose dice dirigiéndose á Maria).

ENR. ¿Me has llamado?

RIC. La condesa te ha visto desde la ventana, y, verdaderamente, no comprendo por qué te estabas paseando por la calle en lugar de venir á recoger á tu señora... Es decir, lo comprendo perfectamente... acaso mi criado te haya dicho que no había nadie en casa. Pero ha sido una equivocación muy extraña. Yo he salido, luego he vuelto á casa por otra puerta... y la condesa ha entrado...

MAR. Por la ventana.

RIC. La condesa llegó á los jardines demasiado temprano, y como es tan impaciente ha querido... pues sí, digo... yo mismo, ¿sabes? la he acompañado... Mejor dicho, no la he acompañado yo mismo verdaderamente, sino que la encontré... ¿Sabes dónde?... La encontré justamente...

ENR. Está bien, está bien... Te estás afanando

para justificar á la condesa y justificarte tú... y no es preciso... Lo has dicho ya... ha sido una equivocación, ni más ni menos... ya lo hemos puesto en claro.

MAR. Por completo.

ENR. Y ahora no hay necesidad de ninguna otra explicación. Yo sabía perfectamente que María estaba aquí, y por eso he venido.

RIC. ¡Ah! ¿lo sabías?

ENR. Naturalmente.

MAR. Ricardo, mi gabán y mi manguito.

RIC. Enseguida.

ENR. *(Aparte á María)*. ¡Te mataré!

MAR. *(Muy bajo y deprisa)*. En casa. Aquí no. Mas te advierto que desde este momento ya no soy tu mujer.

ENR. Así lo espero.

RIC. Aquí está el gabán, pero ¿dónde ha ido á parar el dichoso manguito?

MAR. *(Siempre en voz baja á Enrique)*. Mientras tanto, para que no hagas un papel ridículo, haré como que estoy de acuerdo contigo... Compréndeme... Ayúdame.

ENR. ¿Qué dices?

MAR. Ahora te hablaré de manera que él nos oiga.

RIC. *(Con el gabán y manguito)*. ¡Ah! Aquí está por fin.

MAR. *(Levantando la voz para que lo oiga Ricardo, aunque haciendo como que habla sólo á Enrique)*. Finge mejor... no te rías... ponte serio, trágico.

RIC. ¿Qué? *(Pausa)*.

MAR. Con que, Ricardo...

RIC. A sus piés, condesa.

MAR. (*Poniéndose el gabán*). Ayúdeme usted, por favor...

RIC. Tengo buenos oídos, ¿sabe usted? Usted y su marido se han burlado de mí...

MAR. Puede ser.

(*Enrique observa que María y Ricardo están hablando y tiembla de ira*).

RIC. Pero esto es demasiado.

MAR. Puede ser. Enrique, nos vamos, ¿eh?

ENR. Vámonos.

RIC. Muchas gracias, condesa, por el honor que me ha hecho, y muchas gracias también á tí.

ENR. ¿A mí?

RIC. (*Acompañándoles*). Sí, sí, también á tí.

ENR. ¡Ricardo!

MAR. No se moleste usted, Ricardo, no se moleste... Bastante le hemos molestado ya.

RIC. ¡Oh! No es molestia ninguna; al contrario, al contrario. (*Con mucha animación*).

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Bouduar en casa de la Condesa, tres puertas; dos laterales. La misma decoración del primero.

ESCENA PRIMERA

MARIA, luego el CRIADO

MAR. (*Rescostada en el diván durmiendo; tiene aún en la mano un libro abierto. Al levantarse el telón el reloj dá una media. Maria se despierta sobresaltada; se pasa la mano por los ojos y se levanta suspirando fuerte.*) ¡Ah! Ea. (*En este momento suenan unos golpes en la puerta del foro.*) Adelante. (*Entra el criado con una carta en una bandeja.*) ¿Qué hay?

CRIA. Esta carta.

MAR. (*La coje lentamente, mira el sobre, se encoje de hombros con aire de aburrimiento, y vuelve á dejar la carta cerrada sobre la bandeja.*) Póngala usted allí. (*Indicando la mesa de la izquierda.*)

CRIA. Señora Condesa, el lacayo que ha traído

la carta me ha preguntado cuando podía entregársela á usted.

MAR. (*Fastidiada.*) ¿Me la ha entregado usted ahora? ¡Pues ahora! (*El criado se vá por el foro.*) (*Se levanta; coge la carta, rompe el sobre y superficialmente la lee.*) «Condesa, »hago una última tentativa. Huyo. Quizás »piense usted que acudo al recurso vul- »gar de un viaje para convencerla. Nó. »Mi propósito es sólo el de probar el viejo »remedio. La terapéutica del amor, no »ha hecho muchos progresos; y aún ogaño »*partir* significa *curar*. Le pido pues, »permiso para verla por última vez. Me »atreveré á ir á su casa, esta noche, á las diez en punto. ¿Me recibirá?» ¡Imbécil! (*Abre un cajón del escritorio y luego con la mano levantada, deja caer la carta y vuelve á cerrar inquieta y nerviosa. Toca el timbre eléctrico cuyo sonido se oye desde dentro. Vuelve á presentarse el criado.*) (*Con excitación.*) ¿El señor Conde está en casa todavía?

CRIA. Está.

MAR. (*Tras de una pausa.*) Dígale... dígale que le espero aquí para tomar el thé. (*El criado se dispone á salir.*) Le advierto que no recibo á nadie, á nadie.

CRIA. Está bien.

MAR. Exceptuando al señorito Ricardo que vendrá á eso de las diez.

CRIA. Está bien.

MAR. Pase usted enseguida mi recado al señor Conde.

(*El criado se vá por la puerta de la izquierda. María se mira en un espejo y se*

arregla el peinado; luego vá á encender una maquinilla que hay en la mesita, para thé.)

ESCENA II

MARIA, ENRIQUE y CRIADO

(*El Criado sale delante y se marcha por el foro. Enrique se detiene un momento en el umbral como si no quisiera pasar*)

MAR. Me felicito de tu presencia.

ENR. ¿Dudabas de que viniera?

MAR. ¡Quizá!

ENR. Cuando me invita una dama, soy lo bastante cortés para no enviarle mis escusas por conducto de un criado. Por eso vengo á presentártelas en persona, y, hecho ya, me retiro, con tu permiso.

MAR. ¿Y si yo no lo diera? Ya está en peligro la cortesía.

ENR. No puedo permanecer aquí. Bastante hago. Vivo en la misma casa; como en la misma mesa. Sostengo una ficción de paz dedicada á la servidumbre; cumplo todas éstas formalidades *externas* del matrimonio; Por decoro de ambos, porque nadie se entere de lo que acaso ignora; no he realizado el divorcio exterior. Pero estoy resuelto á mantener como hasta aquí, el divorcio interior.

MAR. Pues el asunto actual, pertenece al ministerio de relaciones exteriores. Almorzamos juntos, comemos juntos; ¿por qué

no hemos de tomar el thé también juntos?

ENR. ¿En la intimidad de tu *boudoir*?

MAR. ¿Intimidad? ¿En la habitación donde recibo siempre á mis amigos?

ENR. Es que yo desde hace bastante tiempo no soy para tí ni siquiera un amigo.

MAR. Eres algo mejor todavía; eres un enemigo... que empieza á serlo ya. Adelante. ¿Qué haces ahí? Qué estás mirando?

ENR. (*Avanzando y mirando en derredor.*) Es raro, es muy raro lo que me está pasando, vuelvo á entrar en éste cuarto después de dos meses...

MAR. Dispensa; después de dos meses y tres días.

ENR. ¡Ah! He querido sencillamente someter á una prueba tu memoria.

MAR. Método excelente para no *someter* á una prueba la tuya. Y... á ver: ¿qué sientes tú, entrando aquí, en mi «*boudoir*» después de dos meses y tres días?

ENR. No sé... una agitación extraña... una impresión casi de miedo...

MAR. ¡Miedo!

ENR. Sí, algo como el miedo que sobrecoge á un niño al entrar en un cuarto obscuro.

MAR. ¿Pero yo no soy el sol acaso? ¡Me lo han dicho tantas veces!

ENR. Para mí, la obscuridad es lo desconocido.

MAR. Lo desconocido es justamente lo que más atrae.

ENR. No obstante, sin tu invitación, no me hubiese atrevido...

MAR. ¿Ah, nó?

ENR. No, por cierto.

MAR. Sin embargo... ¿como te lo diré?... ¿No has advertido nada?

ENR. ¿Qué?

MAR. ¿Que desde algún tiempo acá te estoy haciendo la córte?

ENR. ¿Tú?

MAR. ¡Sí, yo, yo!... Nunca has comprendido nada de ciertas cosas. (*Pausa; prepara el thé.*) Pues ¿que más puede hacer una mujer?... Estoy comiendo todos los días, puntualmente contigo. Durante la comida entablo la conversación que más te pueda agradar, procuro seguir todos tus gustos, pongo miel, mucha miel, como tú haces, sobre el pan tostado... Ya sabes que no puedo aguantar la miel, pero, es el símbolo de la dulzura, y por eso me resigno á ella... En fin, algunas veces delante de los criados tan importunos, que están allí, más para mirarnos que para servirnos, yo... á escondidas, y por debajo de la mesa, dejo escurrir un pié hácia tí.

ENR. ¡Maria!

MAR. Que Maria. Mi piececito se porta ni más ni menos que como el de una modistilla. ¿Y tú? tú, no lo pisas con bastante fuerza... nó, no señor...

ENR. (*Tímido.*) Otra vez lo pisaré más.

MAR. ¡Ah! ¡otra vez!... Espero... que no hará falta. (*Echa el thé.*)

ENR. (*Tomando la taza que le dá María.*) Gracias. (*Pausa; saboreándolo.*) ¿Tomas thé, todas las noches?

MAR. (*Sorbiendo el thé también ella.*) Todas las noches. (*Pausa.*)

ENR. Yo también.

MAR. (*Mal ocultando su estado neorótico.*) ¿También tú?

ENR. Sí, en el Club.

MAR. (*Vá á recostarse cómodamente en el diván. Pausa.*) ¡Enrique! (*Pausa.*)

ENR. María...

MAR. ¡Si tu supieras!

ENR. ¿Qué?

MAR. ¡Como me aburro!

ENR. ¡Lo estoy viendo!

MAR. (*Con mimo.*) ¡Ayúdame tú á no aburrirme!...

ENR. Con mucho gusto... pero ¿cómo?

MAR. De una manera muy sencilla, no aburriéndote tampoco tú.

ENR. Es que yo no me aburro, ni poco ni mucho

MAR. Demuéstramelo.

ENR. (*Acercándose con menos timidez pero siempre reservado y circunspecto.*) María ¿á qué viene éste lenguaje extraño que me confunde y me *azara*? te miro, te oigo hablar y me pregunto: ¿quién eres tú? Tienes los atractivos de mi mujer; tienes la voz, tienes su semblante, tienes su nombre; eres igual á ella, y sin embargo, no eres mi mujer. Yo, yo que me veo allí, en ese espejo, cerca de tí, tan tímido no me reconozco ya á mí mismo, no puedo reconocerme... pues indudablemente no tengo *nada que ver* con tu marido. ¿Quién eres pues? ¿quién soy yo? ¿Qué somos los dos?

MAR. Fíjate bien, pues te lo voy á decir todo de una vez. Nosotros somos... (*acentuando la palabra.*) somos un honbre y una mujer.

ENR. ¿Nada más? No es bastante.

MAR. *(Pausa.)* ¿Quieres ver si es bastante ó nó? (*Abriéndole los brazos.*) Pon tus brazos aquí...

ENR. (*Conmoviéndose.*) María...

MAR. Nada de conmociones... ¡Se obedece y se calla! Aquí.

ENR. (*Abrazándola y encendiéndose.*) Si, tienes razón; es inútil saber lo que somos ó lo que no somos; inútil perderse en distingos y argucias, inútil discutir.

MAR. ¡Hombre! ¡hombre'... ¡Despacio ahora¡ ¡Despacio! No exajeremos. Ya lo sé: es muy inútil todo lo que es fastidiosamente útil ó útilmente fastidioso. (*Mirándole de pié á cabeza.*) Está bien... He comprendido... he comprendido. (*Enrique se aleja un poco, María se levanta.*) ¿Quieres otra taza de thé? (*Enrique contesta que nó con la cabeza.*)

MAR. (*Toca dos veces el timbre eléctrico. La doncella entra por la puerta del fondo.*) Enciende las luces en mi cuarto... y espérame allí. (*La doncella cruza la habitación y se vá por la puerta lateral derecha. María mirándole con gracia y como invitándole.*) Buenas noches.

ENR. ¿No nos veremos antes de mañana?

MAR. ¡Quién sabe! (*Se dirige lentamente hácia su cuarto. Cuando está para entrar, se vuelve y le llama.)* ¡Enrique!

ENR. ¡Aquí estoy! (*Disponiéndose á entrar en el cuarto de María.*)

MAR. ¡Enrique! *(Con rapidez y casi con violencia.)* ¿Crees todavía que Ricardo haya sido mi amante?

ENR. (*Retrocede como si hubiese recibido un golpe en el pecho.*) ¡María!

MAR. ¡Contéstame! ¿Crees todavía?

ENR. Pero...

MAR. ¡Contéstame!

ENR. La verdad: es una pregunta tan extraña...

MAR. ¿A la que no tienes el valor de contestar?...

ENR. María... te lo ruego... no me preguntes eso...

MAR. (*Agitadísima.*) ¡No tienes el valor de contestar!... Pero tu contestación está en tu silencio; está en tu cara turbada, está en tu estupor..... Lo leo en tus ojos... Y la contestación es ésta: Sí... sí... tu crees todavía que Ricardo haya sido mi amante!.....

ENR. (*Revelando su falta de sinceridad.*) No.....

MAR. Sí; así lo crees tú..... (*Exasperándose.*) ¡Dios mío, Dios mío! Lo crees así, y haces las paces conmigo! Estás dispuesto á perdonarme. Mejor dicho: más que dispuesto!..... ya me has perdonado..... Lo crees así y te dejas seducir, evidentemente, como te dejarías seducir por una cualquiera. Estás convencido de que yo he amado á otro hombre..... eso es: de que «he amado á otro hombre»; y sin embargo, ahí estás, tan humilde, esperando, como una gracia, á que otra vez yo te abra las puertas de mi cuarto. (*Más y más exasperada.*) ¿Para que sirve, pues, mantenerme allá arriba, allá arriba, en alto, siempre en alto; para qué sirve, para que sirve seguir siendo lo que soy, puesto que para tí, en este momento, la peor de las

mujeres, no valdría menos que yo? (*Pausa. Convulsa.*) ¡Ah! El día en que haciendo oficios de polizonte, me encontraste en la casa de aquél fátuo... ¿Te acuerdas, eh? Me amenazaste con matarme. Eso hubiera sido demasiado; pero en fin: admitida tu desconfianza, tus sospechas, hubiera sido más lógico que lo que estás haciendo ahora. Y en cambio, no me mataste, no; solo me pediste una justificación. ¿Justificarme cuando mi conciencia se sentía más vencedora que nunca? ¿Justificarme de qué? ¿Por qué? ¿Por quién? Y esperé. Ya comprenderás que una mujer como yo, no debe justificarse... (*Pausa.*) Y esperaba..... ¡Qué tonta fuí!... Esperaba salvarme sin cometer una vulgaridad. ¿Pero ahora?..... Ahora que á la ofensa de la acusación, añades la ofensa de una ignominiosa transacción, ahora nos ahogaremos juntos en la vulgaridad. ¡Me justificaré! Me justificaré... La verdad; la honradez no se tira por la ventana como un trapo sucio. Me justificaré, mi querido Enrique, y daré hasta pruebas de que no he sido amante de aquel caballero...

ENR. (*Ansiosamente.*) ¿Pruebas?

MAR. ¿Las quieres?

ENR. ¿Y por qué razón no voy yo á quererlas? ¿Te extraña tanto, que un marido ame á su mujer, aún dudando de su fidelidad? Eso será horrible, será monstruoso, María... pero humano, créeme..... ¡Ah, sí! ¿Por qué no te maté aquel día? Porque reflexioné..... que tú misma me habías mandado llamar; reflexioné que hubieses

podido, tal vez, ocultarte, y no quisiste hacerlo; reflexioné que la estratagema de simular una burla de acuerdo conmigo, no te hubiese ocurrido de no haber sido una estratagema verosímil... Mas á pesar de todo... lo confieso... seguí dudando... ¿Quién puede tener la seguridad de haber destruído el germen de la duda en el corazón de un celoso? Y lo que luego ocurrió en mí, lo has comprendido... tan es verdad, que hace un instante, me decías—en broma—que «me has hecho la corte.» ¡Es claro!... Obligado á verte todos los días, durante la ficción de una comida conyugal,—poquito á poco he ido sintiendo la necesidad de ahogar las sospechas, de mentir conmigo mismo, y de lograr, lograr otra vez, de un modo ó de otro tu amistad—¿que sé yo?—tu afecto. ¿Había logrado convencerme de tu inocencia? Nó, nó. Pero la duda del engaño no era ya irreconciliable con el deseo de nuestra unión. Se había hecho indispensable el perdón, me pareció una debilidad, una bajeza, acaso;—¡pero no una culpa! Mas puesto que me dás la esperanza de poderme cerciorar luminosamente de tu inocencia; puesto que me ofreces pruebas de ella, ¿puedo yo tener la abnegación de rehusarlas? ¡Ah! ¡no! ¡Eso es más fuerte que yo! María, quiero esas pruebas, las pido..... ¡Ten lástima de mí!

MAR. (*Con excitación siempre mayor.*) ¡Ah! ¿las quieres de veras? ¡Aquí están! (*Abriendo convulsivamente el cajón del escritorio saca*

en desorden muchas cartas.) Enrique, toma estas pruebas... Leélas... mira qué de cartas me ha escrito en dos meses, aquel caballero, á quién traté yo como á un niño. ¿Qué ha intentado? ¡El lo sabrá! A mí, ni me importa, ni quiero saberlo! El hecho es que he recibido una... dos... tres cartas por día. El hecho es que yo no he contestado. Me parece ridículo y humillante tener que presentarlas para que me creas... yo... yo que algunas veces he leído estas cartas tan solo para reirme, y que otras veces no las he abierto siquiera. (*Encendiéndose y agitándose.*) léelas... léelas... trágatelas... (*Reprimiendo las lágrimas.*) alégrate de una vez, de mi fidelidad. Pero no te jactes demasiado... de ella, ni te alegres demasiado... pues yo... ¡pues yo no puedo más! (*Se arroja sobre una silla, y prorrumpe á llorar copiosamente.*) (*Mientras María, con la cara oculta entre las manos, está sollozando, Enrique recoge las cartas; pero enseguida, turbado, desorientado por las palabras y por el llanto de ella, reprime el ansia de leerlas. Se limita á mirar apresuradamente algunas, y después se las echa á toda prisa en el bolsillo. Su cara revela su mayor alegría. Poco á poco, los sollozos de María, cesan.*)

ENR. ¿Y por qué no me has mostrado estas cartas hasta hoy?

MAR. No podía justificarme bajo mi palabra: no me creías. Necesitaba pruebas fehacientes; por eso le he dejado escribir para completar el legajo de pruebas documen-

tales: el expediente de mi inocencia. Esta noche, hace media hora con su última carta acabo de completar la colección y por eso hasta noche no he podido llamarte.

ENR. (*Cariñosamente.*) ¡María!

MAR. (*Secándose los ojos, y volviendo á su actitud altanera.*) ¡Ahora basta! ¡No hablemos más de ello!

ENR. ¿Puedo siquiera... pedirte perdón?

MAR. ¡No!... por que de todos modos, ya está *liquidada la cuenta.*

ENR. (*Titubeando.*) ¿Qué quieres decir?

MAR. Que he cumplido mi juramento.

ENR. (*Abriendo desmesuradamente los ojos.*) ¿Cual?

MAR. ¡Ah! ¿ya no te acuerdas de nuestro pacto?

ENR. Tú quieres asustarme.

MAR. Quiero ser sincera. Te juré que el día en que me acuses de veras, me decidiría á engañarte también de veras...

ENR. María, por Dios, no volvamos á empezar...

MAR. ¿No me acusaste de veras? Pues te debía un amante. Ya lo he elegido y lo tendré.

ENR. (*Con un arranque de estupor y de indignación.*) ¿Su nombre?

MAR. Búscalo.

ENR. ¡No es posible!... ¡Ricardo no es... y no puede haber otro!

MAR. ¿Quién lo dice?

ENR. Lo digo yo, que en todo este tiempo no he hecho más que espiarte.

MAR. ¡Siempre el mismo!

ENR. No he hecho más que seguirte... no he hecho más que averiguar... Si existiera el amante yo le conocería.

MAR. ¡Así... así sois los maridos! ¿Vuestras mujeres os son fieles hasta el heroismo? ¡Pues las creeis infieles! ¿Qué os engañan de veras? ¡Pues estáis ciegos!

ENR. (*Con ansiedad, horror y esperanza á la vez.*) Puesto que yo no se encontrar á tu nuevo amante, tén siquiera el valor de acabar la confesión. (*Con fuerza.*) ¿Quieres?

MAR. (*Pausa, siempre muy seria, fría y altanera, se le acerca, y cuando está muy cerca de él le dice secamente.*) Eres tú (*Severa.*) Oyeme y entiéndeme, debía de escoger por amante á un hombre, que me gustase tanto como tu me has gustado. He buscado apesár mío he tenido que escojerte á tí. De ser la mujer de otro hombre, serías tú mi amante, tú, tú, Enrique mío.

EDR. (*Con arranque.*) ¡Sutilezas! ¡Sutilezas! ¿Acaso no soy tu marido?

MAR. ¡Ah! ¡no! He comprendido que no podía ser infiel, aunque lo quise desde el momento en que me acusaste... También comprendo ahora que no puedo ser tu mujer, desde el momento en que acabas de aceptar mi amor, creyéndome culpable. Por una parte—óyeme bien—has merecido mi infidelidad; por otra, has merecido ser mi amante. Pero ¿marido? ¡Ah! no, no, no, no! ¡Marido... ya, jamás! (*El reloj dá las diez. Corto silencio. Variando de acento.*) Dentro de unos minutos, estará aquí Ricardo.

ENR. ¡El! ¡Todavía él! (*Con furor.*) ¡Pero le haré arrepentirse de su insistencia!

MAR. No eres de los hombres que matan..... y además, serías injusto pues á su misma

insistencia debes las pruebas que deseabas.

ENR. Espero que no le recíbirás.

MAR. ¡Le recibiré!

ENR. ¿Justamente esta noche?

MAR. Justamente esta noche es cuando no necesito ya dejar de recibirle, como justamenie esta noche es cuando no necesito ya guardar sus cartas, porque han hecho su efecto. ¿No quieres, pues, que se las devuelva?

ENR. ¡Sí, con tal de que me devuelvas antes el abrazo que te he dado!

MAR. ¿Ahora?

ENR. (*Cojiéndola las manos.*) ¡Ahora! María..... ¡Ahora mismo!

MAR. ¡No!.... ¡déjame, Enrique!.... (*Haciendo como que quiere deshacerse de él y defenderse.*) ¡Enrique!... ¡Enrique!... ¿qué haces?... ¡Me estás perdiendo el respeto!...

ENR. Empiezo á ser el amante, querida mía.... (*El criado anunciando, con celo enérgico.*)

CRIA. El señorito Ricardo. (*Viendo aparecer al criado, los dos se separan contrariados. Pausa.*)

MAR. (*Al criado.*) Que pase. (*El criado sale.*) Pronto, dame sus cartas y escóndete.

ENR. ¡Me escondo, si... pero en cuanto á tus cartas, te doy palabra, de que tienes que pagarme antes el rescate de ellas. (*Entra corriendo en el cuarto de María.*)

MAR. (*Corriendo detrás de él.*) ¡Enrique!..... ¡Oye!.. . (*Sale por la puerta de su cuarto.*)

ESCENA ÚLTIMA

RICARDO, la DONCELLA, la voz de MARÍA

RIC. (*De frac y corbata blanca, y con una gran flor en el ojal, entra casi saludando, foro.*) Condes... (*No viendo á nadie.*) ¡Bueno! (*Se encoje de hombros, vá á mirarse en un espejo, y se atusa el bigote.*) (*Desde el cuarto de María se adelanta muy azorada la doncella, y cierra la puerta.*) ¿La señora Condesa?

DONC. La señora Condesa está en su cuarto, y ruega al señor que espere.

RIC. ¿Tardará mucho?

DONC. (*Azorada, mirando hacia el suelo.*) ¡Eh!... no sé... no puedo decírselo!

RIC. Esperaré. Y dígale usted que no se moleste por mí. (*La doncella no se mueve.*) Vaya usted... Se lo ruego.

DONC. Es que... la señora Condesa me ha despedido, y me ha mandado «expresamente» que no vuelva á entrar en su cuarto, por ningnna razón.

RIC. (*Muy extrañado.*) ¿No entrar en su cuarto?

DONC. Ni en este.

RIC. ¿Le ha mandado á usted eso? ¿y si llegase alguna visita?

DONC. Para cualquier visita, la señora Condesa tiene jaqueca está noche. (*Recalcando la frase.*)

RIC. ¿Y no la tiene?

DONC Está mejor que nunca.

RIC. (*Agradablemente extrañado.*) ¡Ah! (*Luego con afectada diplomacia.*) ¡Bien!.. ¡bien!..

He comprendido... (*Despidiendo á la doncella con un gesto.*) ¡Gracias! (*Váse la doncella por el foro.*)

RIC. (*Aparte emocionado.*) ¿Es posible?... Eh... ¿quién sabe?.... ¡Estas mujeres!.... (*Con aire de listo.*) ¡Claro, el efecto de mi último *cartucho:* el viaje! (*Tiene los ojos relucientes por la esperanza, y la fisonomía muy encendida.*) (*Pausa,*) ¿Y después de todo? ¿por qué no? (*Pausa.*) ¿Por qué no? (*Con aires de triunfador, se echa sobre una butaca.*) ¡Eh!... ¡Por fin!...

VCZ DE M. ¡No, no, por Dios Enrique!... ¡No, no! (*Luego una risita como de persona á quien hacen cosquillas.*)

RIC. (*Dá un brinco en la butaca. Vuelve la mirada en derredor. Comprende; se levanta, y poniendose el sombrero, y muy despacio se vá por donde ha venido. Telón rápido.*

FIN DE LA COMEDIA


3 0112 098517607